

autor de su existencia. Si el Rey-poeta habia tenido que luchar hasta entonces con un hermano ambicioso y turbulento, ahora va á encontrar en frente de sus banderas los pendones de la rebelion, levantados por el heredero de la corona; y Doña Isabel, madre cariñosa y esposa fiel y amante al mismo tiempo habrá de sufrir la contienda con el doble sentimiento de esposa y madre.

Jóven é impetuoso el Príncipe heredero, educado acaso con mas independenciam y libertad por la escesiva ternura de sus padres, de lo que á su carácter altivo y voluntarioso convenia, impresionable, celoso de la elevada posicion en que le habia colocado la fortuna, y mas todavia de la corona que en lo porvenir le estaba reservada, fácilmente pudieron cortesanos aduladores, que buscan el medro personal á la sombra de las pasiones de los principes, alhagar á D. Alfonso de tal modo que, ahogando en su corazon el respeto y el amor filial, no vacilase en sublevarse abiertamente contra su padre.

Sirvió de pretexto á los ambiciosos magnates que impulsaron á la rebelion al infante, el profundo cariño que D. Dionis manifestaba á otro hijo natural que tenia llamado Alfonso Sanchez, y al cual, ademas de largas donaciones con que lo habia enriquecido, habia elevado á Mayordomo mayor, primera y ambicionada dignidad palatina. Tantas distinciones despertaron la envidia en los magnates, que deseosos de tomar venganza de aquella, que conceptuaban grave ofensa á sus deseos, hicieron creer al Príncipe que el Rey iba á desheredarle de la corona, dejándola al predilecto bastardo, y que á este fin se habian entablado negociaciones con Roma, para legitimarle, y contar con el apoyo del Pontífice, casi decisivo en aquella época.

Y no pararon en esto las invenciones de aquellos indignos caballeros: para dar un carácter todavia mas repugnante á la trama que suponian urdida, supusieron tambien que habian descubierto una conspiracion dirigida por el bastardo, y cuyo objeto principal era envenenar al legitimo heredero del trono, llevando su audacia los forjadores de tales imposturas hasta el estremo de inventar un documento en que aparecia justificada la conspiracion y enviárselo á Don

Dionis. Sorprendido éste, pero prudente y cauto, demostró fácilmente la falsedad de tales proyectos y del simulado escrito; justificó al mismo tiempo por una carta, que impetró del Pontífice, el ningun fundamento con que se habia supuesto que intentara negociaciones con Roma, á fin de dejar el cetro á Alfonso Sanchez; y para hacer mas pública su conducta y la injusticia de tales imputaciones, publicó una declaracion de cuanto dejamos espuesto en 1.º de Julio de 1320 <sup>1</sup>.

Pero la ambicion de mando habia ya inflamado con su impuro aliento el corazon del Príncipe, y nada era bastante á detenerle en su camino, roto una vez el valladar del respeto, y ahogado el sentimiento del amor filial. Aspiraba nada menós que á empuñar el cetro de Portugal, sin esperar á que la muerte de su padre le dejara franco el paso; y en la rápida pendiente en que, una vez habia puesto el pié, era difícil retroceder. ¡Triste condicion de los afortunados! Tener siempre quien esté contando los momentos de su vida, con una impaciencia horrible.

D. Alfonso, á pesar de la noble conducta de su padre y de los ruegos de su santa madre, continuó firme en su mal propósito, y para engrosar las filas de sus partidarios no vaciló en atraerse á cuantas personas se hallaban descontentas en la corte de D. Dionis, y lo que es mas repugnante todavia á todos los que por sus delitos eran perseguidos por los encargados de administrar justicia. Así fué que su rebelde bandera trocóse en amparador asilo de cuantos criminales habia en el pais, con lo cual fácilmente se concibe la série de violencias á que se abandonaria tan *escogido* ejército. Al frente de aquellos heterogéneas masas de aventureros y criminales, recorrió la fértil provincia de Entre Duero y Miño, saqueando las poblaciones y talando los campos: dirigióse despues á Leiria que pertenecia á Doña Isabel, y consiguió apoderarse de la villa por la traicion de los que debieron defenderla.

Al tener noticia de tales sucesos, salió el monarca rápidamente á campaña, logrando recuperar á Leiria, pero entretanto D. Alfonso caia sobre Santarem, entrando en ella á viva fuerza. Activo el Rey,

<sup>1</sup> Encuéntrase el resumen de este notable documento en la Mon. Lusit. P. 6, l. 19, c. 18.

apenas castigó á los traidores que le habian vendido en Leiria, salió para Santarem, donde su rebelde hijo no quiso esperarle, prefiriendo volver á los arrabales de Coimbra, en que vivia con su muger la infanta Doña Beatriz. Pero de allí á poco, partió fingiendo una romería á San Vicente, con el determinado propósito de caer de improviso sobre Lisboa y apoderarse de la capital del reino. D. Dionis, sin embargo, comprendió la estratagema, y saliéndole al encuentro, obligó al infante á desistir de su propósito y acuartelarse en Cintra.

En medio de estas contiendas, escribe acertadamente un historiador portugués <sup>1</sup>, la posicion de la reina era digna de lástima. De un lado la llamaban los deberes de esposa y reina, de otro la piedad y la ternura de madre. Fuese cualquiera la causa á que prestase su apoyo, ó en favor de la cual se declarase la fortuna, el corazon de Doña Isabel no por eso habria de sufrir menos.

No falta quien, tratando á esta infortunada Reina con criterio mas propenso á juzgarla desfavorablemente que á enaltecerla <sup>2</sup>, suponga sin mas apoyo histórico que su apasionado juicio, que Doña Isabel se inclinaba á proteger al rebelde Príncipe, añadiendo tambien que habia de mirar con recelo el valimiento del bastardo; pero la conducta de la Reina acalla victoriosamente tales suposiciones, eco todavía aunque casi perdido de iguales calumnias, con las que lograron los cortesanos de D. Dionis, mal avenidas con la severidad de principios de Doña Isabel, que el monarca la tuviese poco menos que desterrada durante algun tiempo, por suponer que protegía al infante.

Mientras la discordia tomaba cada vez mas incremento entre el padre y el hijo, Doña Isabel no cesaba de trabajar para conseguir una paz duradera. Dirigiéndose primeramente á D. Alfonso, puso en juego todos los recursos de su inteligencia y de su ternura para conseguir la paz, que al fin logró ver ajustada en 1322, extipulándose que al Infante se le concedería á Coimbra, Montemor, Gaia, Feira y Oporto, debiendo alejar completamente de su lado á todos los malhechores que

<sup>1</sup> La Figanière.

<sup>2</sup> El mismo Sr. La Figanière.

le acompañaban; y despues de juradas estas condiciones por D. Alfonso y por los ricos-homes é hidalgos de su partido en la iglesia de San Martin de Pombal y por el rey en la de San Simon de Leiria, tuvo la Reina uno de los dias mas felices de su vida, viendo en aquella villa al padre y al hijo darse el ósculo de paz.

Tan noble conducta en Doña Isabel, triunfando de los que tan injustamente la habian calumniado, hizo que D. Dionis la devolviese toda su consideracion y antiguo cariño; que siempre la virtud, aunque humillada y perseguida, triunfa de sus injustos detractores.

Mas parecia que nada podia sosegar el ánimo del turbulento Infante. A el año siguiente de esta avenencia volvió á interrumpir la tranquilidad del reino, ya porque encontraba escasos los rendimientos que se le habian cedido, ó ya porque Alfonso Sanchez apareciese de nuevo en la Corte de donde habia sido temporalmente alejado. Decidido á trabar contienda salió el Infante de su residencia de Santarem, dirigiéndose á Lisboa, y en vano le envió D. Dionis sus mensajeros, intimándoles que abandonasen las armas, porque D. Alfonso, ciego con sus locas aspiraciones, insistió en seguir adelante. Lleno de verdadero pesar el monarca, reunió sus fuerzas en el *Campo-grande*, mientras su hijo asentaba su campamento en Lumiar; y rota ya toda consideracion, olvidados por completo de los vínculos de la sangre, disponíanse padre é hijo á verterla en parricida lucha ordenando sus huestes para el combate.

Dada la señal comienza la lucha, cuando de repente y como verdadero ángel de paz aparece entre ambas huestes completamente sola, pero armada con el sobrenatural arrojo que le daba el amor de su esposo y el cariño de su hijo, la reina Doña Isabel, entrándose en lo mas récio de la refriega, sin temer á los dardos que se lanzaban de una y otra parte, y que parecían respetar á la virtuosa dama.

Solo una resolucion tan inesperada como heroica podia poner fin á la empezada lucha; y de tal modo supo conseguirlo aquella santa muger que, hablando á su hijo con el enérgico y conmovedor lenguaje de la virtud, le hizo llegar sumiso delante de su padre.

Generoso éste otorgóle mayores rendimientos en lugar de castigo, y poco tiempo despues el desgraciado monarca, menos acabado por los años que por los pesares, vió acercarse su última hora, dejando en triste viudez á su amante esposa. Solicita y dando ejemplo de incansable amor y vigilancia, acompañó Doña Isabel á su esposo moribundo durante toda su triste dolencia, hasta que exhaló el último suspiro en 7 de Enero de 1325, vistiendo despues de su muerte y en cumplimiento de solemne promesa el hábito de Santa Clara, aunque no por esto profesando como religiosa, en el convento de la Orden <sup>1</sup>.

No queriendo abandonar el cadáver del que tanto habia amado, hasta el lugar de su sepultura, le acompañó á Odivellas donde fué depositado el cuerpo de D. Dionis en un túmulo de riquísima labor, y á pesar de que el monarca poco antes de fallecer habia dispuesto que su esposa fuese la principal encargada en cumplir sus disposiciones últimas, Doña Isabel, mas atenta á sus aspiraciones espirituales que á las ventajas de su posicion, despues de cumplir como debia las mas urgentes atenciones á que le obligaba el régio encargo, emprendió una piadosa peregrinacion á Santiago de Compostela, haciendo en el dia del apóstol á su iglesia riquísimas ofrendas (1325).

Al regresar á Portugal recibió del Arzobispo de Santiago el bordon de los peregrinos; y la fama de sus virtudes era tal, que á pesar de la modestia con que caminaba, corrian á su encuentro los moradores de los pueblos ansiosos de contemplar á la futura santa.

Nuevas guerras empeñadas entre su hijo D. Alfonso IV y el bastardo Alfonso Sanchez, poco despues de haber aquel empuñado el cetro, dieron otra vez motivo á Doña Isabel para ejercer su caritativa mision de paz, consiguiendo tambien terminar aquella contienda con la persuasiva elocuencia de su ternura.

Sin embargo tan agitada vida halló siempre tiempo bastante para dedicarse al ejercicio de la caridad. Los pobres eran el objeto predilecto de su tierna solicitud: indagaba cuidadosamente el paradero de

<sup>1</sup> Así consta del curioso documento, que original se conserva en Santa Clara de Coimbra con el sello de la Reina en cera roja, que el ya referido autor de las «Memorias de las Reinas de Portugal,» copia en el apéndice de las notas y documentos, fólío 271.

las personas de buena conducta, reducidas á la necesidad y que no se atrevian á manifestarla, socorriéndolas en secreto: dotaba liberalmente á las jóvenes para proporcionarlas matrimonio segun su clase: visitaba diariamente, servia y curaba á los enfermos pobres, y mientras ella reducía sus necesidades á lo mas preciso, fundaba establecimientos piadosos y de caridad. Entre estos son dignos de especial mencion el magnífico convento de Santa Clara que fundó en Coimbra, donde Doña Isabel habia fijado su residencia, no lejos del edificio que mandó levantar para dicho convento y el hospital que junto al mismo tambien erigió para socorro de los desvalidos. ¡Lástima grande que aquellas fábricas estén hoy tan destruidas, hallándose la iglesia casi enterrada por los aluviones del Mondego, que han ido amontonando sus arenas en aquellas riberas! La parte que puede admirarse demuestra que el estilo ojival en su mejor período habia interpretado el piadoso pensamiento de Doña Isabel, con sus lineas verticales y sus naves impregnadas de tranquilo misticismo.

Ocupada solo en hacer el bien, el rumor de nuevas guerras vino á arrancarla de su sossegado retiro. La indiferencia con que el castellano monarca Alfonso XI trataba á Doña Maria, hija de Alfonso IV de Portugal, por vivir completamente entregado á los ilícitos amores de Doña Leonor de Guzman, irritando al ofendido padre, fué causa de que, ardiendo en ira, declarase la guerra á su yerno, tomando por pretexto los inconvenientes que el Rey de Castilla habia puesto á la union de Doña Constanza Manuel con el infante D. Pedro de Portugal. El ejército de D. Alfonso IV entró repentinamente por la frontera de los estados castellanos, á lo que respondió el futuro conquistador de Gibraltar con otra invasion por los estados portugueses; guerra que amenazaba ser cruel y que quiso tambien evitar el maternal corazón de Doña Isabel, intentando reconciliar con su prudencia los ánimos exaltados.

A pesar de su edad avanzada y de sus padecimientos físicos, emprendió la fatigosa marcha saliendo de Coimbra para buscar el ejército de su hijo. La tentativa fué, sin embargo, superior á sus fuerzas: en